



Berba galduen putzuan

(A Joxan Ormazabal,
en memoria de su verso y de su prosa)

Con ese título, “En el pozo de las palabras perdidas”, decidí publicar hace no mucho un pequeño repertorio de cuentos y leyendas tradicionales, materia predilecta de tantos escritores y cuentistas. También era ésa predilección de Joxan Ormazabal (Zegama 1949-2010), convencido sin duda de que por entre los riscos y grutas que envuelven al Amboto, al Aizkorri, al Txindoki, viven los duendes y gentiles de la memoria eterna de los cuentos, con los que sé que solía ir a encontrarse a hurtadillas hasta que, finalmente, se ha quedado con ellos. Y que algunos cuelgan con rostro de hoja del árbol gigantón que luce la portada de su último librito, *Ehun ipuin hitz gutxitan*: “*Denok daukagu zain –nos cuenta- hiltzen garenean hosto bat zuhaitz handian*” (Cuando morimos, a todos nos espera una hoja en el árbol gigante).

Cuando parecía que se sentaba al sol de su paisaje vital a ver crecer los brotes de su esfuerzo, cuando aún quedaban tantos cuentos que contar y versos que cantar, se lo ha tragado una de esas grutas de su paisaje vital. Atisbar su sonrisa entre las hojas de los inmensos robles que envuelven el desfiladero de San Adrián, adivinarlo por entre los helechos de sus versos, quedar en el Kafe Antzoki cuando venía a Bilbao y abrazarnos dos, tres veces al año, da sentido a estas líneas, entre las que hago sitio al pequeño poema que me escribió en el último abrazo que nos dimos, con la complicidad del busto hurraño y paternal de don Miguel, frente al Euskal Museoa:

*Egunen batean / hiltzen ez banaiz / eta mundua gelditu / eguzkia itzalita...
/ zatoz eta / eraman nazazu / zure planetara / bihotz-argitan // (Severi ilusio handiz, Bilbo, 10-III-26)**

Ilusio handiz, nik ere agurtzen zaitut, Joxan, jakin badakidalako zeruan ez dagoela putzurik (también yo, te despido con toda mi ilusión porque sé que en cielo no hay pozos). Pero sigo con sus versos, que se esconden también, aunque apenas se note en muchos de sus cuentos.

El Joxan que recoge en cada hatillo de poemas hechos libro un ramo de vivencias claroscuros y que ha construido una obra que es casa (*poeta batek egindako etxea*) por la que entran y salen sensaciones agridulces (*ordu gozoak, ordu garratzak, denetik du bizitzak*), condensadas en unos pocos versos que recuerdan al haiku, al acertijo, al rezo, en libros como *Bihotza zubi* (*El corazón hecho puente*) o *Ilunorduak eta argilaurdenak* (*Oscurasnoches y claroscuros*), es el mismo que trae a sus relatos a los abuelos, las nubes, los insectos o las brujas y los pone a vivir en situaciones tiernas o jocosas pero no exentas de escozor: la deserción del profesor que se siente malquerido en las aulas (*Lau kurpil eta ikasle bat*) contrasta con la inmensa ternura del bebé sordomudo ensimismado en la sonrisa de su madre (*Haurra seaskan*), la sombra de la muerte enseñoreándose por entre los cuentos (*Heriotza, Behin batean... , Agur!, o Zuhaitz erraldoia*, cuyo estampa ilustra la portada de su último libro¹, la socarronería del sabio aldeano, pero sobre



¹ *Ehun ipuin hitz gutxitan*, (Elkar, 2010)

todo, la presencia de la madre, del débil, del paisaje.. colorean unos libros escuetos y rotundos, que estuchados para niños y jóvenes, son la obra de un poeta que cuenta de la vida lo que ve cada día y lo sabe plasmar en breves trazos. Y cuando llega al borde de lo real, se lanza al aire de lo fantástico con su cometa de juegos verbales (Hitzak jostailu o Txoko txiki txukuna son los títulos de dos de esas colecciones de juguetes). Nacido en una aldea refugiada entre montes, cuando de niño se asomaba a la calle y sólo veía aquel paisaje cerrado, se preguntaba qué podría haber al otro lado, y seguramente allí prendió su fantasía, como declaraba en entrevista a la revista *Argia* un 27 de septiembre del 2009. Y de ella hizo su mejor amiga, convencido de que ha de alimentar al mundo y hacerlo por dentro. Desde ese convencimiento y alimentado por lecturas y traducciones de cuantos libros tenía que traducir en su tarea de editor, por los encuentros con sus tantos lectores escolares a los que visitaba, por el apego a sus mayores, sus libros rebosan ternura y afecto, denuncia y compasión, sentimientos disfrazados de objetos animados, brujitas, mariposas o abuelas voladoras. Y otra vez las lindes entre el lector niño y el adulto quedan marcadas con una doble raya, como lo están las que separan la cruda realidad de la ficción, la vida de la muerte: *Jaio eta hil / irten eta sartu / gure bizitzaren mapak / bi marra lodi ditu.**



* *Nacer y morir / salir y entrar / el mapa de nuestra vida / tiene dos gruesas rayas*